

por **JUAN BONILLA**

Recién llegado de Lisboa, el profesor del Instituto Británico Charles David Ley (Londres, 1913-1996) se sorprende de lo mucho y lo alto que hablan de política en los cafés de Madrid. En Portugal apenas se trataba de asuntos políticos y cuando se hacía se bajaba la voz. Es 1943, España acaba de pasar por una sangüinaria guerra civil que muchos consideran el preámbulo de la que luego se contagió a Europa y al planeta entero.

Ley tiene previsto, además de ganarse la vida como profesor, hacer su tesis doctoral –se la di-

prologuista, José Esteban, primer editor de las memorias de Ley, este infundía su bondad y su generosidad a todo lo que tocaba: es incapaz de hablar mal de nadie. Lleva razón, pero a veces, dado el humor con que sabe iluminar sus recuerdos, no le hace falta inquina alguna: en la selección de anécdotas con que retrata a un personaje deja al lector que saque sus propias conclusiones. Esta misma táctica la utilizará el autor a menudo en sus memorias: no le hace falta hablar mal porque es capaz de con dos pinceladas poner en ridículo a muchos santones.

Renacimiento publica íntegras las memorias de **Charles David Ley**, hispanista que se codeó con la flor y nata literaria de nuestro país durante décadas, que refutan el tópico del páramo cultural de posguerra

La literatura española de posguerra vista con los ojos de un notario inglés

rigirá Dámaso Alonso–, sumergirse en el mundillo literario español y recorrer el país. No tarda en hacer amigos. Los poetas del Café Gijón lo reciben con los brazos abiertos, los de la revista *Garcilaso* le piden que traduzca algo para ellos y que los traduzca a ellos al inglés, Camilo José Cela se lo lleva de tabernas.

Parémonos en Cela un momento: todos tenemos en la memoria el ambiente de miseria, mezquindad, roña y pesadumbre que impera en *La colmena*. Los recuerdos de Ley ofrecen una cara más amable, más generosa y alegre. Debe ser porque, como dice el

Fue en 1981 cuando se publicó el primer tomo de las memorias de Charles David Ley, un librito modesto titulado *La costanilla de los Diablos*. Dejó otro sin publicar titulado *La cueva de Salamanca*, pues en los años 50 el rector de la universidad Antonio Tovar lo reclamó para que diese clase en esa ciudad. Allí se encuentra Ley con una generación que despierta: Aldecoa, Agustín García Calvo, un parlanchín Sánchez Ferlosio. Para entonces, Ley ya se había convertido en un personaje de nuestro paisaje literario: su aspecto de inglés desgarbado ayudaba a que se le reconociera.



CHARLES DAVID LEY RECUERDOS LITERARIOS (1943-1959)

Edición y prólogo de José Esteban. Renacimiento. 368 pp. 21,90 €

LOS CAPRICHOS DE LA POESÍA

Aunque abundan los personajes españoles de varias generaciones, la vanguardista –Giménez Caballero– y la de posguerra –Caballero Bonald–, destaca con personalidad propia el poeta sudafricano Roy Campbell, que hizo la guerra en el bando nacional, tradujo a San Juan y era tan católico que si uno se pegaba un costalazo yendo en bicicleta, antes de ayudarlo le preguntaba si era católico. Protagoniza en este libro algunas de las escenas más divertidas y disparatadas y prueba que uno puede ser un perfecto botarate y, sin embargo, escribir poemas espléndidos

La *Revista de Occidente* le encargó un tomo que tituló *Shakespeare para españoles* y entre sus grandes méritos como investigador hay que apuntar que fue él quien documentó la autoría de la obra sobre Cardenio de William Shakespeare. O sea, demostró que Shakespeare no sólo leyó el *Quijote* sino también lo utilizó para componer una pieza teatral.

No sólo de sus andanzas españolas hablan estos *Recuerdos literarios*, un libro gozoso, leve, encantador. Dado que de vez en cuando era reclamado en Inglaterra, aprovechaba para encontrarse con los españoles exiliados en Londres o quienes habían sido destinados a la capital británica. Los más importantes, sin duda, eran Cernuda y Leopoldo Panero, enviado en misión cultural para dirigir el Instituto Español. A pesar de sus muchas diferencias, Panero y Cernuda se hicieron amigos (en sus memorias Felicidad Blanc cuenta su enamoramiento del sevillano).

Además de proveer de anécdotas más o menos divertidas –dos indios que llegan al Café Gijón y se les considera grandes poetas sin que fueran más que representantes de una secta mahometana que habían recibido el encargo de convertir a todo católico–, y de retratar a grandes figuras en momentos de intimidad –en la tertulia brillaba la labia de Pío Baroja que fuera de allí parecía siempre apagado, García Nieto haciendo de mantenedor de unos juegos florales, Cela encendido de furia con Gaspar Simões, el joven Juan Benet en un tren escuchando una guitarra hasta el alba–, el libro de Ley sirve para impugnar la idea de que en aquellos años en España el mundo cultural era un páramo –el injustísimo «nos llevamos la canción» de León Felipe–: había mucha gente, jóvenes universitarios unos, profesores infatigables otros, haciendo lo que podían por mantener viva la llama de la poesía o del relato, chocando una y otra vez contra las tapias de la censura, pero sin perder la energía. Por suerte, entre otros, tuvieron un notario tan discreto y elegante como este insólito Charles David Ley. **L**